

sión á Francia hecha por el destino en burla suprema. Los treinta diputados, irritadísimos por aquel deshonroso hecho, siniestro nuncio de males mayores para la patria, dan órdenes sumarias de llamamiento á una reunión inmediata. En seguida se reúnen doscientos diputados, los cuales piden lectura pronta de la carta despacho. Leída: «por traición, solamente por traición, exclama el representante Opterre, ha podido rendirse una plaza francesa cuando sólo llevaba quince horas de asedio sin asalto, y por ende, sin brecha». Provista de todos los recursos necesarios; con sobra de víveres; artillada de suerte maravillosa; las municiones excesivas; las casamatas á prueba de bomba; muros, murallas y fuertes con arreglo á todos los consejos de la ciencia y á todos los adelantos del arte; abajo subterráneos intrincados, arriba bóvedas ciclópeas, con objeto y fin de impedir sorpresas del enemigo y atenuar estragos del bombardeo; teniendo cuatro mil soldados de tropa regular y numerosos voluntarios; pudo sostenerse largo tiempo y evitar este nuevo desastre á Francia. Coincide con la rápida lectura de este despacho epístola también, la rápida lectura de otro fechado en Metz, tras la pérdida de Longwy, el cual despacho-carta decía cómo pasaba Metz por los mismos peligros que la ciudad vendida, donde se habían convertido estos peligros probables antiguos, en daños ciertos recientes, á causa de que las guarniciones carecían de los ranchos, de los uniformes, de los pertrechos, de las armas indispensables á una larga defensa. Tras esto, la Cámara decreta que se levantaran en París treinta mil hombres; que se pidieran á los ciudadanos en aquellas desgracias sin medida sacrificios sin cuento; que fueran los federados vencedores en el diez de Agosto, á las líneas defensoras del suelo nacional; que se procuraran equipos, armamentos, municiones para un ejército innumerable, pronto á constituirse con las voluntarias ofrendas del pueblo; que se redactara una proclama notificando á todos estas resoluciones desesperadas, tras las cuales debían seguirse actos decisivos. Y no se cansan así los diputados de lanzar órdenes, como traer de los arsenales cuarenta mil fusiles consignado á la Marina, disponer partiesen á las fronteras cuantos empuñasen un arma, requisar los caballos de la nobleza, convertir los instrumentos de caza en instrumentos de guerra, fomentar las fabricaciones y mover las fábricas por medios extraordinarios, erizando de bayonetas el suelo francés, expedir comisarios en requerimiento de cañones, declarar traidor á la patria y fusilar en los centros sitiados á cuantos hablasen de rendirse, congregarse al Este las masas de gendarmes disponibles, contar todos los milicianos del reino, prometer la conservación de sus empleos á los enviados hacia las fronteras, decretar la destrucción del pueblo traidor entregado voluntariamente al enemigo, para que no quede piedra sobre piedra en sus hogares, despojar por diez años á todos los naturales de Longwy del nombre y del derecho de ciudadanos libres; promover por todos los medios imaginables el entusiasmo y el debido culto hacia la libertad y hacia la patria.

Y, mientras tanto, continuaba la inercia de los irruptores. A una victoria, como la con-

seguida de Longwy, y no le sacaron provecho ninguno. Habíanse quedado sin cabeza, ó jefe, las tropas de Lafayette; y no las amenazaron siquiera. Tales fuerzas acantonadas en Sedan, podían abrir el camino de París, disueltas y diseminadas: no las molestaron. Seis días se detuvieron los vencedores en la ciudad vencida. Hasta el veintinueve de Agosto no se pusieron en marcha, y hasta el treinta no sitiaron á Verdun, la segunda plaza fuerte requerida de rendición, y encontrada tras un procedimiento tan fácil de suyo como una marcha regular por el camino real, abandonado de todo defensor y de toda defensa. El dos de Septiembre se rindió Verdun, y, tras esta rendición facilísima, el paso hacia París quedó completamente franco al enemigo irruptor. Entonces no hubo más remedio que nombrar á un hombre de mucho genio y poca moral, conocido ya en estas páginas, y que forzaba con su violenta voluntad la fortuna, cuando la fortuna se le resistía, y que guardaba para defender los gobiernos y los ejércitos republicanos la diplomacia maquiavélica de los tiempos antiguos y de los Reyes absolutos: el genial, y por genial, célebre Dumouriez. Las tropas de Lafayette con este nombramiento ya tuvieron cabeza. Frente á un hombre de método cual Brunswick, pusieron los franceses un hombre de genio cual Dumouriez, quien se burlaba de las lentitudes germánicas, y decía que sólo en los alemanes y en su guerra se desmentiría el refrán aquel de que «da primero quien da dos veces». Nunca pudo comprender Dumouriez, y bien lo atestiguan sus memorias, las tardanzas del general alemán. Si tras su victoria del veintitrés de Agosto en Longwy, toma el ejército vencedor un camino tan accesible y fácil como el camino de Henay, como el camino de Mouzon, aplasta los soldados franceses, poco resueltos por el combate, y perplejos entre si el deber les mandaba obedecer á la Monarquía ó á la Cámara, por lo cual, si cualquier alto militar emigrado se presenta y los atrae con señales fingidas de patriotismo, se pasan á los aliados y con los aliados se van sobre París, encontrando á la postre un ruidoso y decisivo triunfo. Contando los extranjeros, como contaban, dentro de Francia con un partido poderoso en su favor, la celeridad redoblaba, primero por fuerte y después por oportuna, su trascendencia; porque, para conseguir lo imposible, no hay como la grande audacia, y para debilitar á un pueblo invadido no hay como infundirle con golpes temerarios la consternación, precursora del vencimiento. Si, tras la rendición de Longwy, los aliados impiden á Dumouriez coger el mando de la tropa dejada en triste abandono por Lafayette, y disuelven las fuerzas en Sedan, y toman el camino de París, hacen lo que quieren: ó asestar á la cabeza de Francia un golpe mortal, ó seguir una invasión metódica regular, á cuyo término y postre había guardada una total victoria. Perdido estaba todo. Las fortalezas caían como castillos de cartas, unas tras otras, al sople del vencedor. Pero encontraron la democracia, la República, la libertad, la civilización una estrella, en medio de tantas tinieblas, el alma de Dumouriez; una fuerza, en medio de tantas derrotas, la confianza de Dumouriez en sus aciertos. Sólo contaba las tropas de Lafayette, y éstas desmoralizadas



completamente, sin jefe, huido; sin oficiales, en su mayor parte adscritos á la causa contraria de su causa; con un hombre por cada cuatro del general vencedor; á distancias enormes los cuerpos auxiliares, muy cerca el pánico generado por la derrota; en perspectivas nuevos reveses; pero todo le importó nada cuando el desfiladero de las Argonas se presentó á su vista; y dijo: «todo está salvado si llego yo allí antes que los alemanes». Mas, la confianza y seguridad que tenía Dumouriez en su estrella, no la tenía todo el mundo, que miraba con ojos agoreros de tristeza Francia invadida. El pueblo, sobre todo el pueblo de París, únicamente veía diez ó doce mil oficiales perdidos para su defensa; Lafayette pasado á tierras extrañas y cautivo en horrible fortaleza germánica; la invasión perpetrada y el invasor triunfante; Longwy traicionada; Verdun rendida; el ejército en la mayor desorganización; los diputados presa de terrible pánico; unas tropas separadas de otras en largos trechos del espacio, y necesitando para juntarse larguísimos intervalos del tiempo; la obra nacida de tantos sacrificios por los suelos; el absolutismo redivivo; la libertad en eclipse; la patria desmembrada. Para salvarse había que tomar fuerza de la desesperación.

Imagináos cuántas angustias iban á sobrecoger el ánimo de los ministros, que formaban como el núcleo de la gobernación pública, en estos críticos momentos. Rolland, Servan, Claviere se acordaron de que había en el ejército un general, como Dumouriez, y aunque lo repugnaban mucho por sus costumbres, también lo admiraban mucho por sus aptitudes, y á Dumouriez, en trance tan horrible, se asieron. Sus resentimientos y sus escrúpulos respecto del general callaron so mandatos é imposiciones de la fatalidad. Por su parte los procederes del general anduvieron la mitad del camino indispensable para encontrarse con los ministros moderados y servir la política de éstos sin desmentir sus antecedentes. Mientras Lafayette se perdía con el Rey y no allegaba provecho, ni ventaja para nadie, con este suicidio; Dumouriez, más avisado y más dispuesto, dejaba que Luis XVI se perdiese, perdición irremediable, y quedase una patria que redimir, á pesar del Rey, contra el Rey mismo, si era preciso. Así, con su criterio certero, llamado en la jerga contemporánea golpe de vista, prestó el juramento necesario al nuevo gobierno y se puso en franquía completa y en propincua potencia de servir la República, si representaba su Francia, en defecto de la rota y deshecha Monarquía. Por públicas razones designaron los girondinos á Dumouriez y por razones particulares ó privadas los jacobinos también. Existía entre los últimos un joven llamado Couthon, de nuestra historia ya conocido, á quien la naturaleza crió para el amor, y la política lo divirtió de tal finalidad, torciéndolo al combate. En su primera juventud la conciliación entre los vecinos del pueblo donde se criara fué su fuerte y el arbitraje amistoso en las diferencias vecinales su ocupación. Llevando este mismo temperamento de idilio y égloga entró en la política, y al entrar, publicó meditado coloquio entre dos nobles, viejo y joven, adheridos á la liber-

tad, despues de abdicados sus antiguos privilegios. En tal estado de ánimo predicaba Couthon una inteligencia entre la Revolución y la Iglesia, y prefería el Rey ciudadano, que la Constitución había hecho de Luis XVI, á una República, en cuyo porvenir, dadas las ideas y las costumbres francesas, no podían librarse muchas esperanzas. La maldita fuga de Varennes, ideada por Bouillé con acierto tan escaso, y cumplida por Fersen, el caballero, con torpeza tan patente, echó á Couthon sobre la República; y el combate consiguiente á esta radical metamorfosis le comunicó afectos y pensamientos exaltados. Y no fué sólo esta la causa de su improvisada exaltación; cruel parálisis, contraída en aventuras amorosas, merced á las cuales pasó helado toda una perdurable noche sobre palúdicas aguas, lo dejó en la inmovilidad, necesitado de ageno auxilio para moverse; y le trastornó la cabeza y el corazón en términos de trastocar un conciliador de compleción en un revolucionario de oficio. Si tuviera la salud robusta de Danton, ó la salud equilibrada y serena de Vergniaud, acaso no pensara como pensó. El uso de sus piernas le retuviera en la llanura; su desuso lo encaramó á la montaña. Trabajador de cabeza, no ignoraba que los trabajos de cabeza piden una grande castidad de vida; mas no pudo refrenar sus propensiones eróticas, y recibió en la inmovilidad de sus piernas y en la intensa exaltación de sus nervios los castigos y los males consiguientes á sus vicios y á sus culpas. Encontrábase Couthon en Saint Amand, cuando sonó el diez de Agosto, y Dumouriez muy cerca de donde se hallaba Couthon, en Valenciennes; coincidencia particular, á la que debemos atribuir que Dumouriez se guardara para la revolución, y la revolución tuviera por aquellos momentos su primer general en este guerrero, cuyo ingenio ático, afluencia continua, don de gentes, salidas de poeta, cálculos de matemático, dotes de mando, ciencia de táctica y arte de estrategia constituían en uno de esos extraordinarios seres marcados desde su cuna en la frente con el sello de una superioridad, por tal modo visible, que avasalla y dirige las gentes. Couthon, le hablara mucho durante su breve gobierno en el Congreso; y se acordó con fidelidad de todo cuanto le oyera y lo designó en la hora suprema de aquella desorganización universal como salvador de la patria. Con sus consejos sumáronse los consejos de Westermann, el general que había vencido la madrugada del diez de Agosto, quien, deseando conservar su obra y viendo difícil tan querida conservación por las tropas desorganizadas, los oficiales desertores, el descontento popular, el triste caso de Longwy unido al triste caso de Verdun, arrastró al único militar genial, entonces disponible, á que tomara la cabecera del ejército y partiese contra el invasor en guerra, salvando á un mismo tiempo á Francia y á la revolución. Por manera que contribuyeron al nombramiento de Dumouriez, primero los girondinos, que olvidaron sus resentimientos con él, proclamando en cambio las aptitudes de él; después los robespierristas ó jacobinos en la persona de Couthon por amistad y admiración antiguas de este último, tan de Robespierre, al general; por fin, los dantonianos en la persona de Westermann.



Mientras el general Dumouriez tomaba la dirección de aquella sublime campaña, los torpes y malhadados príncipes de la sangre borbónica penetraban el veintinueve de Agosto en Francia, yendo de Alemania. Parece imposible semejante falta de previsión en un poeta, que siempre nace dotado del dón de profecía: iba con ellos Chateaubriand en persona. El Rey de Prusia lo castizó con anticipación, dirigiendo saludos y loas al ciego é inconsciente adversario de su propia patria, hostilidad inspirada por la limitación de su horizonte político, el cual sólo llegaba en su estrechez entonces hasta la vieja Monarquía y el anacrónico patriado. Sin embargo, Chateaubriand mismo asegura en sus memorias como, al verse ya por los bosques pertenecientes á Francia y en armas contra Francia; entre las tropas feudales de que formaba mínima parte; bajo un cielo siniestro y oscuro, cuyas nubes parecían gotear lágrimas; el corazón se le oprimió, experimentando triste presentimiento del juicio que debían formar sobre aquel incomprensible acto la posteridad y la historia. Imagen del antiguo régimen aquellos cinco mil hombres, que los príncipes comandaban, traían á las mentes el recuerdo de las tribus invasoras y nómadas, conduciendo antaño en sus carretas desde sus fetiches, ó sea la religión, hasta sus caudillos, ó sea el Estado. Idos de diversas regiones, conservaban, amén de la sombra del torreón feudal que obscurecía sus frentes, la marca del carácter nativo que señalaba sus regiones; y se iban organizando en bandos regionales ante la Francia una: triste anacronismo, después de proclamada la soberanía nacional, anacronismo tan grande, como, después de proclamados los derechos naturales volver á las clases y á las castas que se perdieran en aquella igualdad cristiana establecida por las nuevas leyes, negándose los nobles de las alturas á todo trato con los plebeyos, con los rurales, con los servidores, con los domésticos y demás gentes de la plebe allí reunidas por amor á sus opresores en el feudalismo y á sus opresores en la Monarquía. Tan separado el militar de nacimiento del militar plebeyo como de los revolucionarios mismos; sin comunicación alguna, ni aun por arriba, entre los mayorazgos y segundones, entre los títulos y los puramente nobles; resaltando los hijos de algo sobre los hijos de la nada como aun apodan á los plebeyos nuestra nobleza rancia; con un estado mayor vistosísimo, de uniformes bordados y veneras deslumbradoras, á quien seguía una tropa de hambrientos y haraposos; tan desasidos unos de otros aquellos soldados como si fueran á un duelo personal en vez de ir á un colectivo combate; la dirección ó el mando frívolos y la obediencia, no pasiva, como parecían indicar sus ideas, dudosa; valientes por puntillosos más que por militares; en una gerarquía, creída por todos necesaria, y por nadie respetada, sin darse cuenta de que provenía este insubordinado afecto del pensamiento nuevo bebido en los aires; sin arte táctico ninguno y con suma vanidad de matamoros y espadachines; aquellos pobres hombres eran la superstición por lo antiguo hecha carne y hueso: secta de culto á lo pasado, más crédula por tradición que creyente por convicciones; colección de leales á la Monarquía seme-

antes con muertos reaparecidos sin pasar de una escuela histórica ó religiosa, de un partido militante á lo sumo, y combatiendo á toda hora una grande nación que se creía ya libre y soberana. Un historiador sin apasionamientos revolucionarios y sin exaltaciones republicanas; tan mesurado en sus creencias políticas, como circunspecto en sus juicios históricos; el reflexivo Tocqueville, describe los emigrados con maestra pluma. Seguros del triunfo; acariciadores del desquite; prontos á suscitar una reacción brutal; inanes de ideas claras y henchidos de pretensiones locas; negados hasta la imbecilidad; tan terroristas como los demagogos; jurando exterminar á sus enemigos y sin ponerse de acuerdo como verdaderos amigos entre sí; emperrados en la justificación de cuantas aprensiones los franceses tenían respecto de su política y prometiendo por todo puerto una era de represiones, cuyas violencias hubieran dejado atrás todos los horrores y todos los crímenes del antiguo régimen; los emigrados aparecen los peores entre los peores en aquella tremenda crisis. Aunque fanfarrones, bravos; aunque pueriles, resueltos á pelear y á morir; aunque realistas, y por lo mismo partidarios de la unidad, con fraccionamientos internos y discordias múltiples, verdaderamente feudales; marchaban á reconquistar Francia en Trahillas; oponiendo el recuerdo estéril de un odioso privilegio al viril culto y al entusiasmo ardiente por la libertad y por la patria. Así entrarou á saqueo en el país de Tréveris; juraron en los primeros pasos de la invasión trocar su vívida Francia en vasto cementerio; desataron el terror antes de que lo practicasen sus contrarios en propia defensa; suscribieron el manifiesto de la coalición que abriera la puerta del Palacio al tumulto y las puertas del Temple al Monarca. Todos aquellos emigrados, de los cuales se dijera que ni aprendían cosa ninguna, ni cosa ninguna olvidaban, veíanse como fósiles en las zonas frías y abandonadas anteriores á la revolución aquella, sin que les prestase un átomo de su luz y de su calor, ninguno de los volcanes encendidos en torno de sus venas exangües, las cuales podían al fuego consumirse, pero no franquearse á la vida. El rencor les daba convulsiones y no movimientos; la esperanza del exterminio los alentaba cuando los exterminados iban á ser ellos y los suyos. «Concluyamos con los revolucionarios»: gritaba el caballero Fersen, á la historia de Antonieta funesto siempre, funesto á su política y funesto á su honor. «Nada de misericordia», exclamaba Mallet du Pan, enviado por el Rey á las cortes europeas: «la misericordia sería un crimen contra la sociedad», sin acordarse de que los amenazados por el exterminio y necesitadísimos de perdón eran los mismos que tantas y tantas crueldades pedían. «Volvamos á la revolución implacable contra los revolucionarios», añadía en tropel toda la enorme turba de locos, que habían perdido el alma de hombres al perder la librea de cortesanos. Calonne volvía de nuevo á llamarse ministro, como si á su letal soplo no brotara la escarapela en los sombreros; como si á sus desórdenes la Bastilla no rodara en moles, aplastando la diadema del Rey, la panoplia del noble. Seguros de su victoria y cómplices de los irruptores, aparecían los